

la noche de Nochebuena, y va a suspirar; pero se arrepiente y no suspira. Después de una gran pausa, Mariquita vuelve a su tarea y torna a cantar; el mozo, luego de contemplarla largamente, sale como entró: sin decir palabra.

## XVIII

La tarde, larga como de mayo, se prolonga en suavísimo crepúsculo. En el aire hay languidez febril, cansancio de todo un día empapado en sol. Las gentes van despacio, sorbiendo a toda prisa los primeros asomos de frescor que suscita el aproximarse de la noche. En el cielo, que está muy azul, aun reverberante con los ardores de la puesta del sol, se ha levantado ya la luna, tan tenue, que semeja su disco filigrana de plata, y el claro lucero camina junto a ella con no poca arrogante pomposidad. En las calles se atarean los chicos del comercio recogiendo los toldos, alborotan las criaturas, charlan de puerta a puerta las comadres.

Paco y María Eugenia van andando, en silencio, camino de la estación; él lleva cara fosca, y ella ojos tristes; míranlos las gentes, y, como no se



miran ni se hablan, piensan que van de *monos*; al cabo, ella se decide a hablar.

— Oye, Paco.

— ¿Qué quieres?

— Nada.

Vuelve el silencio, y siguen andando. Es una calle triste; ven algo risueño como un madrigal. Un muchacho muy joven, con cara de artista, alza los ojos a un balcón, y sonríe emocionado, con sonrisa entre triste y alegre. Y en el balcón que él está mirando hay hasta media docena de muchachas de entre doce y quince. Es una sinfonía de trajes claros y de rostros risueños, y es un saetear de sonrisas benévolas sobre el sonreír del enamorado. Por el balcón abierto salen las notas de una polka muy mal tocada, pero muy alegre. Paco piensa: «¿Cuál de esas amables sonreidoras será la que pague amor con amor?» Y le acaricia el alma un goce plácido, como si a su paso hubiera nacido un clavel.

— ¿A qué hora sale el tren? — dice María Eugenia.

— A las nueve.

Aun no han dado las ocho; y, así, por silencioso acuerdo, pasada la cuesta de San Vicente, dejando a un lado la estación, vanse a campo travie-

sa hasta llegar al río. Los campos, en rastrojo, están tristes; los lavaderos tienden a la orilla su fea red de palos y cuerdas; el agua va escasa, pero sugestiva como siempre; con su runrunear acompasado parece adormecer las tristezas. Pasado el último lavadero, hay un bosque de álamos blancos: son pocos; pero están bien dispuestos, y sus ramas pobladas mienten una ilusión de frondosidad; más allá hay cuatro chopos, y al pie, maleza que se adelanta hasta la orilla misma. Allí el río ha formado un remanso, que hace soñar con lagos románticos, porque sobre el agua dormida se miran dos sauces; un poco más allá, el puente se tiende sobre el cauce escaso. Unos cuantos chiquillos se bañan.

— ¿Quieres que nos sentemos un poco?

Sentados, Paco levanta los ojos. Frontero está Madrid, que se empina sobre una loma, apiñando en el centro el caserío, desparramándole en sucios arrabales como raíces carcomidas, que llegan hasta el río en casuchas de tabla; de la ciudad sube, como una niebla, un vaho gris que, ya desde bien lejos, se adivina impuro. Paco piensa en el aire de su tierra, en las tardes limpias, en los cielos claros, en las susurradoras alamedas, y, súbitamente, le sobrecoge el ansia de estar en el pueblo; de



sentarse en su huerto, bajo la parra, a la paz de Dios: con el deseo le envuelve una oleada de gozo; pero luego se queda más triste, mucho más, y se pone en pie, y emprenden la vuelta.

— ¿Estás malo, Paco?

— No lo sé.

— ¿Tienes ganas de irte?

— Tampoco lo sé, María Eugenia.

— Sí que las tienes, y haces bien. ¡Dichoso tú que te vas!

— ¡Dichoso!... ¿No te da pena que me marche?

— No sé si me da pena o alegría.

Y como no lo sabe, se echa a llorar.

— Vamos, chiquilla, no me llores. Si te parece que llevo encima pocas tristezas...

— Más tonta soy... Cuando te digo que me alegro... Mira, te quiero bien; pero me alegro. Si tú no te marcharas por tu gusto, te lo diría yo. Anda, vete; ¿qué adelantamos con estar así? Más tarde o más temprano, tenía que ser... Chico, ¡qué ratos hay que pasar en la vida!

En el horizonte se apaga lentamente la franja luminosa y bermeja, y parece que de la tierra surge una voz queda y suspirante.

— María Eugenia, oye.

— ¿Qué quieres?

— Quería... no sé qué; darte las gracias.

— ¿A mí?

— Porque eres la única que en Madrid me ha querido.

— ¿Sabes lo que te digo? Que algunas veces valía más no conocerse. Ya ves: esta noche, después que tú te vayas, ¿qué me queda en el mundo? Ni pensar... que, para mí, como si ya te hubieras muerto, porque tú no vuelves — Paco suspira —; no vuelves, no, y aunque volvieras... Mira, cuando estés en el pueblo con tu novia y tus chicos, si los tienes, acuérdate, cuando te acuerdes, de aquella noche, ¿sabes?, cuando estuvimos paseando.

— ¿Y tú, te acordarás de mí?

— ¡Ay, Paco!

La voz de la mujer se quiebra con tal desgarramiento de amargura, que él, de pronto, se vuelve a mirarla. Estáse ella quieta, clavada la vista en el suelo obstinadamente. El la levanta el rostro, acariciándole; entonces de los ojos de ella resbalan dos lágrimas que le inundan el rostro, y él, violentamente, las seca con un beso, al que sigue otro, y otro, y luego la abraza con desesperada tristeza, allí, a campo raso, al aire libre, bajo la luz opalina del crepúsculo, y abra-



zándose, rompen a sollozar como dos criaturas.

Así se despide de Madrid Paco Trelles, de aquel Madrid cuyo nombre cifró el humo entre pámpanas; se despide llorando, ¿quién dirá si de amor o de pena?, en los brazos de una pobre mujer.

## XIX

Señor Manuel Trelles baja a la huerta; diríjese al cenador de parra; va a sentarse en la silla pintada de verde.

Servido está el almuerzo, y falta un comensal; el buen hombre se acerca a la casa.

— ¡Paco, Paco! — grita.

Y Paco aparece en lo alto del corredor.

— Allá voy, padre.

Señor Manuel se sienta; cuando va terminando el desayuno, llega Paco, que sorbe a toda prisa su tazón de café. El padre ha encendido la pipa. La pipa de Paco descansa vacía sobre la mesa.

— ¿No fumas, muchacho?

Paco no responde. El cacique se le queda mirando. Está el muchacho triste y caviloso; tiene la frente apoyada en la mano derecha, y sus ojos parecen huir los ojos del padre.

Señor Manuel suspira; pasan unos momentos.